

Un plausible ingreso a Gadda

Enrique M. Butti •

¿Por dónde, por cuál texto conviene introducir a un no avezado lector, neófito en Borges, o en Joyce, o en Gombrowicz? Decidirlo exigiría una lectura comparatista de la obra integral del autor en cuestión. De hecho, no es raro constatar en una compulsa de lectores que el acercamiento a un escritor se ha frustrado, quizás para siempre, si ese primer texto resultó una elección inconveniente. Que la elección en verdad varíe según las características de los lectores ha sido la excusa para que la crítica y la teoría literaria hayan siempre evitado tales consideraciones. Una primera banal deducción sería que convendría apelar a las páginas más simples, aunque la idea de simplicidad en el corpus de un autor implique tanta complejidad de juicio como para que la crítica y la teoría (y la pedagogía, para quien este asunto debería ser crucial) hayan escapado siempre a su consideración.

134 135

“Una respetuosa reverencia” (fechado en 1948) es seguramente el cuento más directo, lineal, de fácil fruición digamos, de Carlo Emilio Gadda. Sin embargo está en él gran parte de lo que constituye su particular universo. El tema pertenece al género policial, como a él pertenecen *Quer pasticciaccio brutto de Via Merulana* y *La cognizione del dolore*, por citar sus dos principales novelas,¹ aunque la diferencia esencial sea que en el cuento que nos ocupa, claves y resolución se ajustan a las coordenadas tradicionales del género, mientras en *Quer pasticciaccio...* y en *La cognizione...* asistimos a una revolución capital del género: los enigmas en vez de aclararse con el paso de las páginas más van enredándose, hasta un final caos cósmico. Bajo su pátina de desenfado, de mezcolanza, de mejunje, de pastiche, Gadda construye una metafísica de enredo, desquicio, despropósito, tan ajustada a una certera visión sociológica que hubo quien trató de cincharlo dentro de los límites del neorrealismo (límites que él rechazó, como rechazó los rótulos de “barroco”, de “manierista” y de “grotesco delirante”, que también trataron de endilgarle). Él se defendía:

* (Santa Fe, 1949). Escritor y periodista. Se dedicó durante años al cine en Argentina e Italia. Su bibliografía comprende novelas: *Aiaiai*; *Indí* (Premio Losada, Bs. As. 1998) y su versión al italiano *Pasticciaccio Argentino*. En cuentos se destaca *Solfleo* y en teatro *Espina de diamante* y *La fruta de la perdición*, entre otras. Ediciones Colihue publicó varios títulos de novelas de aventuras: *No me digan que no*; *Carnavalito*; *El fantasma del teatro Municipal*; *Sin cabeza y encapuchados* y *Cada casa es un mundo*. La daga latente. 9 cuentos casi policiales recibió el Primer Premio Fondo Nacional de las Artes 2005.

Un lector de Kant no puede creer en una realidad objetiva, aislada, suspendida en el vacío; de la realidad, o más bien del fenómeno, lo que él tiene es el sentido de una especie de ilusión multifacética, detrás de la que se esconde un quid más verdadero, más sutilmente activo, como detrás del cuadrante de un reloj se esconde su secreto mecanismo. Que me digan que una descarga de metralla es la realidad, claro, me convence; pero yo pido a la novela que detrás de esos doscientos gramos de plomo haya una tensión trágica, una consecución operativa, un misterio, quizás las razones o las sinrazones de un hecho... Porque el hecho en sí, el objeto en sí, no es más que el cuerpo muerto de la realidad, el residuo fecal de la historia.

También están en “Una respetuosa reverencia” las extemporáneas descripciones, aunque apenas esbozadas debido a la brevedad del relato y a las frases cortas que tan inusuales resultan en la obra de Gadda, pero que en la recurrencia de dos puntos, paréntesis y puntos suspensivos preanuncian el estilo de frases meandros, llenas de subordinadas, que constituirán sus típicos laberintos verbales. Están las descripciones animistas y el contexto histórico revelado a través de chismes, y que son ya la trama, no sólo escenario, como en los primeros apartados de “Una respetuosa...”, ese tranvía que fugazmente trae luz y vigilia a la tenebrosa zona de la casa del crimen, abrazada por cipreses y desde donde un grito no llegaría a la otra orilla –la orilla “viviente”– del río, o los comentarios que corren sobre la señora Esther.

Están las revelaciones (que en otros títulos de Gadda adquieren dimensiones psicoanalíticas, antropológicas, sociológicas, filosóficas) atrapadas en un gesto o un detalle del vestuario, como la reverencia a la que alude el título del cuento, o los viejos zapatos finos que chirrían y que salvarán de ser incriminado al pobre personaje, o el bastón con mango de chinela, o el cucurucho de papel en el que van envueltas las joyas a empeñar. O la irrupción de fantasías neuróticas y paranoicas, como el ultraje personal que el *cavaliere* siente al descubrir las muecas de la usurera asesinada.

Ausente en cambio uno de los aspectos esenciales del estilo gaddiano, y que tantos problemas y obstáculos presenta al traductor, y que refiere al merengue de dialectos, de asociaciones, en general desopilantes y libertinas de expresiones cultas y populares, de culteranismos y vulgaridades, de pudor victoriano y guarangada.